

El conocimiento humano

El conocimiento filosófico

L. Arenas

El conocimiento filosófico es un conocimiento que aspira *prima facie* al conocimiento de todo



FOTOGRAFÍA: Solo una neurona (Miguel Sanz)

En pocas disciplinas la tentación autorreflexiva resulta ser tan manifiesta o evidente como en la filosofía. ¿Qué es la filosofía? Es una pregunta recurrente desde los inicios de la disciplina y en ella resuenan ya sus orígenes inequívocamente griegos: ¿Qué es...? (*ti esti...*) A diferencia de una pregunta semejante en relación con otros saberes (¿Qué es la matemática?, ¿Qué la física?, ¿Qué es la biología?), esa pregunta no es la fórmula con que introducirse a un campo que presumiblemente el lector o el público convocado por la pregunta ignora, pero del que tal audiencia espera con algún fundamento poder hallar una respuesta concreta. Los libros escritos bajo títulos como *¿Qué la física?* o *¿Qué es la historia?* parecieran asumir de entrada la existencia de una respuesta compartida al menos por los investigadores del campo: un acuerdo que, más allá de las disputas internas, parece localizar un territorio rigurosamente acotado. Títu-

los como esos, en razón precisamente de su carácter introductorio, suelen quedar en manos de modestos compendios o divulgadores de un saber cuyos practicantes más eminentes no suelen detenerse en esas tareas menores. En el caso de la filosofía, la pregunta ¿Qué es filosofía?, es una de naturaleza totalmente diferente. Y por ello sus mejores cultivadores parecen sentir una irresistible propensión a contestar en primera persona un interrogante que resulta casi trivial en el caso de saberes categoriales que tratan asuntos como el lenguaje, el derecho o la historia.

La razón de ello puede residir en que una respuesta a esta pregunta no puede darse sino al precio de poner en práctica la propia filosofía. El historiador al responder a la pregunta ¿qué es la historia?, no hace historia; ni hace biología el científico que responde a la pregunta ¿qué es la biología? De hecho, probablemente uno y otro se vean con-

frontados con mejor o peor fortuna a hacer precisamente otra cosa muy distinta que lo que acostumbran a hacer en sus respectivas disciplinas, es decir: a hacer filosofía.

Nuestro cercano siglo XX es el ejemplo palmario de lo que sugería hace un instante: algunos de sus más insignes filósofos no han podido eludir la pregunta y ahí tenemos la extraña coincidencia en el título ¿Qué es filosofía? por parte de representantes de las más diversas tendencias y escuelas: Martin Heidegger, Ortega y Gasset, Gilles Deleuze (y Guattari) o Gustavo Bueno son, entre otros, ejemplos de pensadores de talla mayúscula que han dejado en su legado una obra en la que intentaron dar una respuesta a esa pregunta.

Deleuze y Guattari nos dirán que filosofía “es el arte de formar, de inventar y de fabricar conceptos”. Ortega se referirá a ella como el intento de “orga-

nizar metódicamente la aspiración al conocimiento absoluto”. Gustavo Bueno entenderá por filosofía “un saber de segundo grado” que opera sobre Ideas que desbordan los marcos categoriales de las diferentes ciencias o saberes particulares. Y Heidegger, con su siempre exótico lenguaje, nos dirá que la filosofía es “un corresponder que trae al lenguaje el llamamiento del ser del ente”.

¿Hay algo aproximadamente común en tales respuestas? Nada en apariencia salvo esto: la tentación de totalidad que reconocemos en cada una de ellas. ¿De qué se ocupa el filósofo, pues? Ortega lo decía con su habitual modestia: el filósofo se ocupa “del conocimiento del universo”. Más concreta, pero no muy diferente era la respuesta de William James en sus *Problemas de la filosofía*: la filosofía se ocupa de “los principios de aplicación que subyacen en todas las cosas sin excepción, los elementos comunes a dioses y hombres, animales y piedras, el origen del primero y el fin último de todo el proceso cósmico, las condiciones de todo conocer y las reglas más generales de la acción humana. Y el filósofo es el hombre que más tiene que decir sobre todo esto”.

He ahí, pues, una posible respuesta a la pregunta que nos convoca: el conocimiento filosófico es un conocimiento que aspira *prima facie* al conocimiento de *todo*. No hay rincón de la realidad que resulte suficientemente indigno como para que la filosofía no se sienta en la obligación de hacerlo objeto de su interés. En su diálogo *Parménides* Platón se tomó la molestia de considerar si “del pelo, el barro o la basura” había también ideas, haciendo que esos miserables objetos entraran a formar parte de los temas de los que la filosofía también ha de ocuparse.

La filosofía se caracteriza, pues, por un esfuerzo de totalización capaz de integrar en una visión común los vectores que sintetizan los intereses humanos tomados en su máxima generalidad. William James cifraba en cuatro esos intereses: la ciencia, la poesía, la religión y la lógica. No muy distinta era la respuesta kantiana cuando ex-

ponía sintéticamente las famosas tres preguntas que debe hacerse la filosofía: ¿Qué puedo conocer?, ¿Qué debo hacer?, ¿Qué me cabe esperar?, resumidas todas ellas en la pregunta final de: ¿Qué es el hombre?

“ No es ninguna debilidad científica sino su rigurosa autoconsciencia epistémica lo que hace inevitablemente plural a la filosofía. ”

Pero si la filosofía tiene que ver ante todo con una reflexión sistemática y comprehensiva en torno a ese fragmento de la realidad que llamamos ser humano, la respuesta por los posibles avances del saber filosófico se hace mucho más compleja. Entre otras cosas porque la de “ser humano” no es una clase natural como pueda serlo “oro”, “*homo sapiens*” o “quark”. Los miembros de la especie biológica que llamamos *homo sapiens* solo devienen *humanos* mediante la integración de sus individuos en un larguísimo y complejo proceso de enculturación. Es ese proceso lo que finalmente otorga el aspecto *humano* a cualquiera de sus miembros. El antropólogo Clifford Geertz llamó la atención sobre “el impacto del concepto de cultura en el concepto del hombre”, poniendo de manifiesto que no existe “el grado cero” de humanidad en lugar alguno: la cultura no es el añadido contingente que se incorpora a una supuestamente prístina y universal naturaleza humana no modificada. “Hoy es firme la convicción —decía Geertz— de que hombres no modificados por las costumbres de determinados lugares en realidad no existen, que nunca existieron y, lo que es más importante, que no podrían existir por la naturaleza misma del caso”. Era la misma idea que a su modo había expresado Ortega y Gasset al recordar que “el hombre no tiene naturaleza sino que tiene historia”.

Una disciplina como la filosofía, preocupada de capturar la totalidad

de lo que afecte a esa realidad que llamamos ser humano, tras la convicción de que esa humanidad tiene un carácter irreversiblemente histórico, sólo puede convertir su tarea en una “autoconsciencia crítica de esa cultura”, como gusta siempre de recordar el profesor Jacobo Muñoz.

Esa caracterización de la filosofía como “autoconsciencia crítica de una cultura” quiere decir ante todo que la realidad de la que se ocupa la filosofía es, como la propia cultura, una realidad fluida y móvil; cambiante y heterogénea a lo largo de los espacios y los tiempos. Pretender una descripción completa y exhaustiva de algo que todavía *está haciéndose*; reclamar respuestas definitivas a lo que aún es provisional, se revela como una soberana insensatez. Como insensatez es protestar porque los filósofos hoy sigan planteándose las mismas preguntas que se hacían hace más de dos mil quinientos años Platón y Aristóteles. El escándalo entre algunos es mayúsculo: ¿Cómo? ¿Es que no hay *progreso* en la filosofía? ¿No tenemos aún respuestas a las preguntas de la filosofía? ¿No es esa ausencia de avance la prueba inequívoca de que en la filosofía no se encierra ningún saber, ningún conocimiento sino una burda y grosera cháchara embaucadora?

No es ninguna debilidad científica sino su rigurosa autoconsciencia epistémica lo que hace inevitablemente plural a la filosofía. La condición histórica del ser humano —de sus intereses y de sus necesidades— explica que cada tiempo histórico tenga que ensayar su propia visión del mundo. La *diafonía ton doxón* (disparidad de opiniones) en la que se expresa la historia de la filosofía no es, pues, como pretendiera el escéptico Agripa, un simple guirigay que prueba la imposibilidad del conocimiento en filosofía, sino la constatación de que esa realidad histórica que llamamos “ser humano” continúa aún su marcha y que las respuestas que el pasado dio a la pregunta ¿qué somos?, solo resultan parcialmente relevantes para los hombres y mujeres del presente.